

1 de nuestra era la costa que acogía a la fenicia Rusadir (Gran Promontorio), la Metagonium de los griegos, la futura Melilla.

Encrucijada de civilizaciones, confluencia de culturas, encuentro obligado de los hombres del Mediterráneo, puente de dos continentes, Melilla ha estado sometida como pocos territorios a los avatares de los dominios y hegemonías, que a lo largo de siglos ejercieron los distintos pueblos y señores de la guerra sobre las ciudades que se asomaban al litoral del Mare Nostrum.

Codiada, asediada, a veces abandonada, Melilla desde su fundación fenicia, recibió a cartagineses, romanos, bizantinos, vándalos, visigodos, árabes y castellanos.

Esta sucesión inacabable de pueblos dominadores o dominados, ha forjado el carácter abierto y tolerante del melillense, su ecléctica cultura y su indiscutible espíritu cosmopolita.

Melilla nace como ciudad española el 17 de septiembre de 1497, fundada por Pedro de Estopiñán, Contador Mayor de la Casa Ducal

de Medina Sidonia, después de un fracasado proyecto de anexión por parte de los Reyes Católicos en 1493, cuando las tropas castellano-aragonesas se acantonaban en Barcelona a las órdenes del Gran Capitán para ocupar un posible territorio que abarcaría desde Cazaza hasta el Río Muluya.

Desafortunadamente la invasión del Reino de Nápoles por el Rey francés Carlos IV hizo que estas tropas se desviaran hacia Italia en ayuda del Papa Alejandro VI, el Papa Borgia. Papa con cierta influencia sobre la historia de Melilla, pero eso merecería otra charla.

Desde su fundación y durante cinco siglos, la ciudad quedó circunscrita a sus recintos fortificados, varada en su condición de presidio -entendiendo este término en su acepción de plaza fuerte guarnecida por soldados- y no como prisión. Este carácter impidió el desarrollo de cualquier otra función que no fuera la militar.

Los ingenieros militares se afanaron en convertir a la ciudad en una fortificación inexpugnable. Toda esta sucesión de obras de ingeniería militar nos ha deparado en la actualidad cuatro recintos fortificados que han convertido a Melilla en un imponente museo vivo de la poliorcética castrense. Pudiendo leerse en sus centenarias piedras el silencioso y permanente sufrimiento de su españolidad, como diría el ilustre melillense Juan Guerrero Zamora.

En los albores del S XX Melilla brotó a extramuros. A las faldas de su ciudadela se expandió un conjunto armónico de edificios modernistas fruto del extraordinario desarrollo de principio de siglo y de la obra de uno de los mejores discípulos de la escuela gaudiana: Enrique Nieto.

Estos dos núcleos bien diferenciados definen a Melilla como una ciudad de contrastes, donde se complementan la austeridad y sobriedad de la fortificación castrense con la espontánea, vivaz y alegre arquitectura modernista.

Contrastes que se evidencian en el polimorfismo de sus mezquitas, sinagogas e iglesias. Melilla: crisol de culturas, abigarrada mezcla de etnias, hermosa pluralidad de religiones, todas unidas, amalgamadas y ahormadas por un nexo común: el sello indeleble de nuestra españolidad.

Pero volvamos al inicio. Hasta el SXIX la realidad política-administrativa de la ciudad



Inicio de la celebración del V Centenario de Melilla. Autoridades locales y ceutíes

era de una extrema simplicidad, un Alcaide nombrado inicialmente por la casa Ducal de Medina Sidonia y posteriormente por la Corona de España, era toda la autoridad civil y militar de la plaza.

Dos sucesos bélicos van a llevar a Melilla a la tragedia, pero, con posterioridad, van a permitir un crecimiento explosivo de la ciudad, tanto en el espectacular aumento de su población como en un cambio radical en su economía.

El primer acontecimiento se produce en 1909 y pasará a la historia como el suceso del Barranco del Lobo, donde centenares de soldados españoles mueren por defender la construcción del ferrocarril que portaría a Melilla el hierro procedente de las minas de Uixan.

Este suceso fue el prólogo a la semana trágica de Barcelona y preludio a la crisis del Gobierno de Antonio Maura, convirtiéndose a Melilla en el centro de la vida política de la nación, que se volcó con la ciudad aportando nuevos contingentes militares.

Pero cuando verdaderamente va a experimentar Melilla un salto cualitativo y cuantitativo en su desarrollo, fue a raíz del Desastre de Annual de 1921. La muerte del General Silvestre y de nueve mil soldados, fue un importante caldo de cultivo donde se alimentó la proclamación de la dictadura de Primo de Rivera dos años después.

Con la llegada de más unidades militares, Melilla se convierte en una ciudad con más de 120.000 habitantes, 8 hospitales, 5.000 camas hospitalarias, 18 equipos quirúrgicos, cuatro periódicos diarios, uno de los puertos comerciales de mayor tráfico del Mediterráneo y en la capital de una amplísima zona del protectorado español en Marruecos.

En 1879 se constituye el primer embrión del futuro Ayuntamiento. Se crea una Junta de Arbitrios que regirá los servicios locales. Esta primera Junta de Arbitrios tiene carácter exclusivamente militar hasta 1902 cuando se incorporan nueve miembros civiles elegidos entre los vecinos. Esta ins-

titución permanece como la regidora de los destinos locales hasta 1927, que será sustituida por una Junta Municipal.

1956 va a ser otra fecha decisiva en la reciente historia de nuestra ciudad. Es en este año cuando se produce la independencia de Marruecos poniendo fin al protectorado español. Esto, unido al nacimiento del Estado de Israel, produce un importante fenómeno de emigración, principalmente de la numerosa colonia sefardita que abandona mayoritariamente la ciudad en dirección a Jerusalén, Tel Aviv o a Caracas. Del mismo modo, muchos comerciantes se encaminan de forma definitiva hacia la península al ver cercenados sus habituales canales comerciales con Marruecos.

La ciudad comienza un imparable retroceso demográfico y económico (de 84.000 habitantes en la década de los cincuenta, se pasa a 50.000 en la de los ochenta), problemas que se acrecientan con la rapidez con la que se firma el Tratado de Adhesión de España a la Unión Europea, dejando a Ceuta y Melilla fuera de la

Unión Aduanera y lo que va a ser un error histórico, en materia de pesca, se trata a ambas ciudades como si fueran terceros países, lo que conlleva la progresiva desaparición de la flota pesquera melillense y el cierre de todas las fábricas de salazones al perderse su mercado tradicional.

Estos acontecimientos acaban por sumir a Melilla en un auténtico marasmo social que desemboca fatalmente en un colapso económico y en incertidumbre política.

Al inicio de la década de los 90, Melilla era una ciudad sin definir desde el punto de vista político administrativo y aún tratando de restañar las incisas heridas abiertas tras la errática política del Gobierno González en materia de nacionalidad y el conflicto social que originó en la ciudad.

Su sistema productivo era incapaz de absorber la demanda laboral que generaba, situándose a la cabeza de España en la tasa de desempleo con un porcentaje superior al 20% y la renta per cápita más baja de todo el país.

Todo ello unido a las continuas reivindicaciones anexionistas del vecino país y a una dialéctica poco contundente de nuestra diplomacia en este asunto, terminaron por sembrar un desasosiego y una inseguridad que se plasmó en una importante retracción de la inversión foránea e incluso de la propia. El melillense dejó de creer en las posibilidades de su tierra y empezó a invertir al otro lado del mar de Alborán.

Este clima de inseguridad política-económica trajo consigo situaciones que hoy se nos antojan incomprensibles. Por citar un ejemplo ilustrativo, baste recordar que en aquel entonces ni una sola entidad financiera daba créditos hipotecarios para la compra de inmuebles en Melilla.

En cuanto a la organización Administrativa de la ciudad, en 1931 se constituyó el primer Ayuntamiento democrático que tan sólo duró cinco años, sustituyéndose en 1936, como consecuencia de la Guerra Civil, por Alcaldes nombrados por el Gobierno Central hasta las siguientes elecciones democráticas municipales en 1979.

III Desarrollo autonómico

De aquella ciudad indecisa que veía con preocupación su futuro, hoy ya sólo queda el recuerdo. Melilla es actualmente una ciudad viva y dinámica, definida políticamente y con una sólida estructura económica. Una ciudad que quiso celebrar sus quinientos años de fundación española mirando más hacia delante que recordando trasnochados acontecimientos bélicos.

Es indudable que a este fenómeno tranquilizador mucho ha contribuido la aprobación del Estatuto de Autonomía.

La aprobación del Estatuto de Autonomía de Melilla conllevó dos hechos positivos para el futuro de nuestra ciudad. Por un lado, como en el resto de las Comunidades, supuso un eficaz instrumento político para la mejor gestión de los intereses de los melillenses, al acercar las decisiones políticas lo más próximo al ciudadano. Pero por otra parte, este Estatuto tenía un plus para Melilla, la encuadró en la nueva estructura política administrativa del Estado dimanante del Título VIII de la Constitución, homogeneizó su situación jurídica al resto del territorio nacional, ahuyentando el fantasma de las peligrosas diferencias con la metrópoli a la luz del Derecho Internacional.

Pero tampoco la aprobación del Estatuto de Autonomía fue pacífica.

Así es. Parece que todo lo que concierne a esta ciudad, desde el punto de vista oficial, requiere un doble esfuerzo. El natural por tratar de superar la innata tendencia que tienen los acontecimientos oficiales a ralentizarse desesperadamente; y el que supone convencer a los que deben tomar las decisiones que nos atañen que éstas no van a perturbar las relaciones exteriores españolas con el vecino.

Lo cierto es que desde la aprobación de la Constitución del 78 hasta la promulgación del Estatuto de Autonomía de Melilla en el BOE el 13 de Marzo de 1995, transcurrieron 17 años en los que fracasaron todos los intentos de encuadrar a nuestra ciudad dentro del mapa autonómico.

Incluso en el período preconstitucional, resultó fallido el esfuerzo de los Diputados y Senadores de Ceuta y Melilla que solici-

“...cuando verdaderamente va a experimentar Melilla un salto cualitativo y cuantitativo en su desarrollo, fue a raíz del Desastre de Annual de 1921.”